

PUBLICACIONES *Cinema*



VICTOR  
**Mc. LAGLEN** *con*  
WILLIAM GARGAN  
PAUL KELLY • EN.



*cuatro*  
**AMIGOS**



20-1-38

# CUATRO AMIGOS

THE DEVIL'S PARTY 1938

BASADA EN LA PELICULA DEL MISMO NOMBRE

DIRIGIDA POR

RAY MC. CAREY



UNA PRODUCCIÓN



DISTRIBUIDA POR

HISPANO AMERICAN FILMS S. A.

Mallorca, 220

Teléfono 80035

BARCELONA

Argumento narrado por

PUBLICACIONES CINEMA



PRINCIPALES INTERPRETES:

VICTOR MC. LAGLEN

William Gargan

Paul Kelly

Beatrice Roberts

Frank Jenks

John Gallaudet

Samuel S. Hinds

Arthur Hoyt

ADVENTURE'S END 1937

EN PREPARACIÓN:

MARES DEL SUR, interpretada por  
JOHN WAYNE y DIANA GIBSON

TALLERES GRAFICOS  
VDA. M. BLASI - BARCELONA

PROHIBIDA LA  
REPRODUCCIÓN

CUATRO AMIGOS

ARGUMENTO DE LA PELICULA

EXORDIO

Diminuta, ocho años, inocente, graciosamente desaliñada como un bullicioso y atrevido pichón que abandona el seguro refugio del nido paterno para probar, en un vuelo primerizo, la consistencia de sus incipientes alas, Elena bajó la escalera de tabla del patio, enderezóse, muy seriecita, hacia una buhdera que se abría a rás del suelo y que comunicaba con el sótano del mismo cuerpo de edificio que habitaba, alzó la cubierta de movimiento vertical y, metiéndose al través de ella, desapareció a dentro de un salto.

Se había deslizado por sobre de una rampa de tabla colocada allí con evidente propósito de que oficiase de puente entre el nivel del suelo exterior y el piso del sótano. Al parecer, ese medio tan ingenioso de introducirse allí furtivamente, no era la primera vez que lo empleaba. Hallóse en un cuchitril de proporciones reducidas, miserablemente amueblado, a cuya escasa luz la niña alcanzó a ver sin vacilación, colgando de la pared, una tabla toscamente cortada y carcomida, de forma oblonga y semejante a esos rótulos con que las casas comerciales acostumbra anunciar su marca al lado de la puerta. En la tabla en cuestión podían leerse, trazados por mano torpe, estos cuatro nombres masculinos:

Martín, Pepe, Cayetano, Carlos.

La linda mocosuela empinóse sobre la punta de sus piés y, descolgando la tabla, inscribió en ella un quinto nombre: Elena.

Luego tornó la tabla a su sitio, y dijo, estirando los morritos con gracioso enfurruñamiento infantil:

—Yo quiero ser de la partida, y lo seré.

Apénas la niña efectuó su inscripción en la singular tablilla, alzóse la tapa de la buhdera y, saltando a través de ella,



introdujéronse en el cuchitril cuatro chicos, cuatro pilluelos de la calle, desmedrados, descrenchados y simpaticotes: eran los cuatro héroes al seguido de cuyos nombres Elena acababa de escribir rudamente el suyo en la tablilla y que para emular las gestas de los grandes héroes de novela se habían constituido en pandilla, sentando su guarida en aquel subterráneo que titulaban «La Cocina del Diablo».

Martín, el mayor, erigido en capitán, al ver a la niña allí, ahuecóse la melena con altivo ademán de airado jefe indiscutible y desobedecido, y estalló:

—¿Otra vez? ¿No te dije en otra ocasión que no nos hacen falta mujeres?

Por toda contestación, Elena señaló con su diminuto índice la tablilla, luego se puso graciosamente en jarras y replicó:

—Yo quiero ser de los vuestros: ya no me podéis borrar de allí.

—No, de allí no; pero sí de aquí.

Y, haciendo y diciéndo, Martín cogió a la niña del brazo y la echó por el mismo camino por donde había entrado.

Resuelto, vivaz, enérgico y leal hasta el heroísmo, ordenó a sus amigos, con un ademán imperativo, que ocupasen su asiento alrededor de la mesa, y sin sospechar que Elena se había quedado agazapada en la buhdera de entrada e iba a oír sus palabras, dijo con aire afectado de superioridad:

—Dicen que la fruta es muy buena para el crecimiento de los niños; se trata, pues, de ir a robar un cajón de melocotones de los almacenes del muelle.

—¡Genial! —aprobaron a coro los tres mozueros restantes—. Pero, oye: ¿qué vamos a hacer con los guardias?

—Oíd mi plan: vosotros pegaréis fuego a un montón de paja o de sacos (lo primero que se os ponga por delante) de alguno de los almacenes vecinos al de la fruta; con la alarma acudirán allí los guardias, entonces Carlos y yo entraremos donde están los melocotones y nos apoderaremos de cuanto se nos antoje sin el menor peligro. ¿Se aprueba?

Los tres pilletes restantes alzaron la mano con unanimidad formando un pequeño círculo con el índice y el pulgar unidos. Era el signo de la banda por medio del cual se daba la aprobación y se prometía perpetua fidelidad. Esta fórmula, junto con la prohibición a las mujeres, es decir, a las niñas, de formar parte de la banda, constituían el eje medular de la infantil organización a cuya fidelidad los cuatro pilluelos se habían juramentado.

Aprobado el plan y distribuido el papel a las partes, la pandilla abandonó el cuchitril para tomar el camino del puerto sin advertir que la pequeña Elena, enterada de todo, les seguía cautelosamente los pasos.

Y cuando Martín y Carlos, escondidos tras una estiva de sacos, aguardaban la señal para dar el golpe, la niña plantóse ante sus narices.

—¿Otra vez? —exclamó Martín con voz airada de faiseite para no ser oído—. ¡Afuera, intrusa! No queremos mujeres.

—No me iré —respondió Elena con su vocecilla de ángel y su entonación irrevocable—. He venido para ayudaros a dar el golpe. Quiero ser de la pandilla y lo seré.

Martín, bondadoso en el fondo, alma sentimental, chasqueó la lengua con afectada contrariedad y musitó sinceramente:

—Bueno, has vencido. Quédate y ayúdanos.

Elena era ya de la partida. Su perseverancia había triunfado sobre la fiereza. En adelante, los cuatro galopines que la indigencia de sus padres lanzaba diariamente al arroyo tendrían en su sociedad secreta, como los hombres en la vida de verdad, el aliento de una voz femenina en la derrota y la estimulante admiración en el triunfo. Desde los primeros días en que la vecindad los unió en los juegos de la calle, Elena no había soñado más que en ser la dulce confidente de la pandilla y la depositaria heroica de todos sus secretos. Al fin, lo había logrado.

La amistad leal de la niña con los cuatro pilluelos quedó sellada en aquellos instantes críticos para que no se perdiese jamás. Una hora después Martín, separado de sus amigos, se hallaba camino de un reformatorio, y la pandilla, sin jefe, se disolvía como tal para proseguir la vida sencilla de amistad.

El golpe había resultado fallido. Por una imprudencia natural de la edad, lo que pretendían limitar a una inofensiva alarma de fuego, resultó convertirse en el incendio de todo un almacén. Acudió el cuerpo de bomberos y la policía. La pandilla fue descubierta por uno de los agentes; pero, tras una empeñada persecución, logró sólo alcanzar a Martín.

Ante el comisario de policía, el bizarro chico sos'uvo, con estoica lealtad, que en el intento de robo de frutas había actuado completamente solo y declaró que todos los cargos que se derivasen de ello él los aceptaba con plena responsabilidad.

No valieron en nada las aseveraciones del agente de que en aquel golpe había actuado con asistencia de otros chicos. Martín, temperamento integerrimo, alma elevada dentro de su envoltura material miserable, mantúvose firme como un titán. Todas las amenazas del comisario no le hicieron torcer un ápice su noble y heroica resolución. Prefería la muerte, si ésta tuviese que alcanzarle en su temprana edad, a hacer la menor traición a sus queridos compañeros de la calle.

—Si no hablas, me veré obligado a encerrarte en un reformatorio —amenazó el comisario.



—He hablado todo lo que debía hablar —concluyó el chico ya con malhumor y entereza—: no me queda más por decir. Puede usted hacer lo que yo merezca.

Y Martín fué encerrado con sus doce años en un reformatorio que debía cuidar de su educación, ya que no de sus altos sentimientos, por el dilatado espacio de cinco años.

## CAPITULO I

### EL CRIMEN DE «LA CASA REDONDA»

Han transcurrido quince años. Martín, Pepe, Cayetano y Carlos se han convertido en jóvenes gallardos, y Elena en una muchacha toda gracia y sentimiento. La vida, en su incesante rodar y obrando sobre los sentimientos y disposiciones personales de cada uno de estos cinco entrañables camaradas de la infancia, les había conducido por caminos distintos, pero no había logrado separarlos de la ruta ideal de jurada hermandad que habían emprendido juntos en los días ya lejanos de vida miserable y azarosa de la calle.

Carlos, el menor, tímido y sentimental, había abrazado el sacerdocio de Cristo, convirtiéndose en el pastor de almas más ejemplar; Pepe y Cayetano, que le aventajaban en edad, como hermanos que eran, se habían decidido por la carrera policiaca, tes uniformados, no dejaban su esperanzada ambición de convertirse en sagaces y famosos detectives; por su parte, Elena, búcaro encantador de fragantes y luminosas flores, se había convertido en una artista idolatrada. En cuanto a Martín, emprendedor, con toda su gigantesca e imponente nobleza y bondad, no se había podido sustraer a la atracción de los negocios más o menos turbios que derivan del vicio y ociosidad, y alcanzó, no sin demostrar sobresalientes cualidades de hombre creador, establecer y acreditar con excelente rendimiento un café-restaurant en el que armonizaban hábilmente las variedades con la ruleta y las comidas íntimas a puerta cerrada. Era el que había logrado hacerse con una más ventajosa posición económica, aunque también había sabido cubrir más extensamente su vida de enredos y delicadismos y temerarios compromisos. El, en rigor, era el mismo, un chico grandote, rudo, corpulento, afectuoso, de ancha sonrisa franca, simpática y cordial, con un gran corazón capaz para todas las emociones y un cerebro sencillo incapaz de desembrollar la red de contradicciones en que incurría de continuo y en que se debatía no sin grandes desasosiegos de su conciencia de mortal pecador.

Su obsesión había sido siempre salirse airoso en su empeño de echar la vida adelante con el negocio del café sin incurrir en manejos dudosos que tuviesen posible confusión con la forma sucia en que acostumbraban hacerlo los profesionales de la delincuencia. De su vida del reformatorio y de sus escapadas inanties con la pandilla no había quedado más que el melancólico recuerdo, y, por encima de todo, una gran conmiseración paternal por todos los niños que la miseria arroja a la calle y una mantrópica largueza por remediar en lo posible el lastimero alcance de sus males. Mas, pese a sus esfuerzos por mantenerse puro de toda contaminación, la turbia concurrencia de su cafetín le había obligado a contratar a dos chulos, los cuales le resolvían los asuntos escabrosos suscitados, generalmente, por troneras peligrosos que, después de acumular una cuenta de algunos miles de pesetas, se resistían a saldarla.

Con toda esta divergencia de temperamentos y de realizaciones, en algunos extremos hasta antagonicos teóricamente, los cuatro amigos habían conservado una tradición admirable de fraternidad que consistía en reunirse una vez al año en casa del mayor de ellos, o sea de Martín, y celebrar una comida íntima sazónada con todo aquel alborozo inocente que los mantuvo hermanados y unidos en su azarosa niñez. Elena, su diosesilla, hermosa guaiadora, no podía faltar en esas evocadoras reuniones anuales para embalsamar el aire con los dulces edulvios de sus gracias de mujer.

Aquel año esa grata conmemoración prometía revestir un esplendor excepcional por ser el primero en que Martín explotaba el cafetín, que se había rotulado «Sueño de Amor».

La primera en llegar, como solía acontecer, fué Elena. Martín sintió escalofríos de dicha, porque... porque tenemos el deber de declararlo ya: desde que la linda niña se había convertido en hermosa mujer, había sentido nacer y crecer después, con fuerza avasalladora en su inmenso corazón, una pasión honda y sincera por ella.

—¿Vienen los muchachos? — exclamó la joven riendo alegremente.

—Sí —respondió Martín clavando amorosamente sus ojazos en ella—. Pero, oye: tenemos que hablar. Por la cuatrivigésima séptima vez quiero que nos casemos.

Elena acreció su sonrisa de benevolencia un instante para decrecerla seguidamente en compasiva tristeza: ella sentía por Martín el afecto que proviene de la sincera amistad; pero amor, no. Martín era un chico grande lleno de simpatía y bondad, pero no poseía esa gallardía fina de los galanes con quienes sueña una mujercita en plena floración de ilusiones. Si alguna emoción amorosa palpitaba en lo más escondido de



su tímido corazón, estaba reservada a Pepe, que poseía la elegancia y la distinción de los gallardos amantes de la pantalla.

—Te equivocas —rectificó con humorística reprensión—. Esta es la cuatrivigésima octava vez.

—¿Quieres dejarte de bromas?

—No querrás que diga que no, mientras tenga dudas, ¿verdad?

—¡Oh! ¡Tú quieres a Pepe! —respondió Martín con sonrisa triste.

No habían escapado al buen Martín las mutuas miradas ardientes de entrambos jóvenes al través de tantos años de pura amistad, y poco a poco, aunque fuese a costa de sacrificar sus más caros sentimientos en una dura lucha de su alma, se iba haciendo con la conformación de ver a Elena desprenderse de la dorada nube de sus ilusiones para caer en los brazos materiales de Pepe.

Iba a replicar con dejo amargo, cuando el dependiente que cuidaba de sus cuentas llamó al despacho.

—Mientras voy a hablar con mi hortera —dijo, recobrando su buen humor— a ver si cuidas de telefonar a Pepe y a Cayetano, que les estamos aguardando. Llama al Departamento de Policía, Sección de Accidentes, Pelotón C.

Poco podían sospechar entrambos que, en aquel instante de separación para ir a hablar con su dependiente, Martín forjaría inconscientemente un drama terrible entre los cuatro amigos y su bella musa.

Entre los clientes asiduos del cafetín que tenían cuenta abierta en él había uno, apellidado Loscertales, que iba dejando en la ruleta los jirones de camisa que todavía le quedaban de una ascendencia originariamente prócer entregada con un entusiasmo y una perseverancia dignas de mejor causa a dilapidar sus fondos en vida disoluta. Este hombre era un solémnisimo bellaco que había resuelto acumular un débito considerable en su cuenta del cafetín y luego estafarlo con toda la sangre fría. El otro día había perdido una considerable suma en la ruleta, y, creyendo llegado el momento de realizar su propósito, al ser requerido por el dependiente a pagar la factura englobada de las francachelas del mes, negóse cínicamente a hacerlo.

El dependiente había llamado a Martín para enterarle de esto. Martín, acostumbrado a moverse entre hombres de semejante catadura, con naturalísima sangre fría cogió el auricular y llamó al número del interesado.

—Martín al habla. Oiga: creo que ordenó usted al Banco que no me pagase su débito de diez mil pesetas.

—En efecto —respondió con la más solapada desvergüenza



Martín era un chico lleno de simpatía y bondad.





Julián quedóse un instante inmóvil, lívido, imposibilitado de moverse y de pensar.

Loscertales—. Es que el otro día estaba borracho y no debí haber jugado. Quizá la ruleta estaba mal...

—Usted sabe bien que yo no hago trampas.

—Eso quien lo sabe aun más bien es usted. En todo caso, yo no pagaré; procésame, si quiere.

—Tengo muy otro que hacer. Por otra parte, harto sabe usted que no puedo procesarle por una deuda de juego.

—Entonces, señor Martín, despáchese a su gusto en este asunto; pero no se acuerde ya más de las diez mil pesetas que le debo.

Despacito, señor Loscertales: tengo mucho gusto en comunicarle que hay otros medios infalibles de cobrar — terminó Martín, muy seguro de sí mismo.

Sin aguardar respuesta, colgó el aparato y ordenó a su dependiente:

—Que venga Diamante.

A los pocos momentos introducíanse en el despacho dos sujetos sórdidos y sigilosos como panteras. Uno era Diamante, y su compañero, un pobre diablo sin voluntad, llamado Sam. Eran los dos chulos del cafetín a quienes Martín pagaba para que le aligerasen de los problemas enojosos. Su contacto le repugnaba, singularmente el de Diamante, sujeto de moral siniestra, pronto al crimen y a la venganza, pero que se veía obligado a aguantar, dadas las características dudosas del cafetín.

—Loscertales rehusa pagar una deuda —dijo Martín—. Conviene que pague hasta el último céntimo; ya sabes cómo se arregla esto. Y también cuál es mi deseo. No quiero sangre; asístale. Si tienes que usar de la fuerza, no le hagas mucho daño. Convéncele de que debe firmar un cheque bueno.

—¿Dónde vive?

—En «La Casa Redonda».

Los dos chulos abandonaron el despacho para encaminarse rápidamente al encuentro de Loscertales, y Martín vino a reunirse nuevamente con Elena.

—¿Has telefoneado a Pepe y a Cayetano?

—Sí; han dicho que saldrán dentro de cinco minutos si no hay ninguna llamada.

—Tengo verdaderos deseos de vernos reunidos. Este año quiero que haya mucha algazara.

Poco podía suponer que, con la orden que acababa de dar a sus dos chulos, iba a retardar la llegada de sus dos más caros amigos.

En efecto, Pepe y Cayetano, contentos y gozosos, se disponían a cambiar su uniforme con el traje de calle, cuando sonó el timbre de alarma del cuartelillo.

—¡Vaya contratiempo! —exclamaron a coro con mal hu-



mor—. ¿A qué inoportuno se le habrá ocurrido echarse por la ventana a la calle?

La «Sección de Accidentes» era una rama de la organización policiaca que estaba encargada de acudir a aquellos sitios en que ocurría una desgracia material fortuita.

—¿Qué ha ocurrido? — preguntó Pepe a su sargento.

—Un accidente en «La Casa Redonda».

Corrieron los dos hermanos al lugar del accidente con sus compañeros del pelotón C, hallándose con un hombre muerto en el calle y a su lado el anuncio luminoso que coronaba la «Casa Redonda», destrozado. Se había desprendido, al parecer, de su asiento cogiendo al desgraciado debajo y destrozándole el cráneo.

Cayetano aspiraba a llegar a ser un detective de fama, y su debilidad, cada vez que ocurría algún accidente, era entrar por una serie de laberínticas deducciones con el afán de descubrir en él el lado criminoso. Tanto era así, que su sargento, un hombre campechano al que no pegaban ni con cola las menores preocupaciones, lo había bautizado con el remoque de Sherlock Holmes. Siguiendo, pues, su inveterada costumbre, nuestro aficionado a detective empezó a abrumar a su sargento a preguntas. Y la primera respuesta concreta que obtuvo fué la de que la víctima se llamaba Loscertales.

—Estaba sentado aquí cuando ocurrió el accidente — comentó el sargento.

Cayetano miró arriba y vio que el cadáver se hallaba precisamente debajo mismo de una amplia marquesina cuyos cristales le protegían completamente de la lluvia que hacía una hora larga regaba el asfalto de las calles y las ropas de los transeúntes. Luego, acercándose al cadáver, observó con asombro que sus ropas estaban completamente caladas.

—Entonces —dijo con gravedad detectivesca—, ¿cómo se mojó?

—¡Otra vez en tus trece! —exclamó el sargento, zafándose apresuradamente del muchacho por miedo a que le abrumase con sus dudas y sospechas—. Bueno, a ver si os apresuráis a liquidar eso y nos vamos otra vez al redil; soy poco aficionado a los baños nocturnos.

Llevado de un raro presentimiento, Cayetano logró convencer a su hermano de que le acompañase al tejado para hacer una detenida inspección del sitio en que se asentaba la enorme tabla del anuncio luminoso. A los pocos instantes soltaba esta exclamación.

—Mira: el cable que proporcionaba el fluido al anuncio está cortado.

—Bueno, ¿y qué pretendes tú con eso? — le interrogó Pepe con mal humor.

—¿Tú crees que a un anuncio que se cae se le corta automáticamente el cable?

—Deja eso, sujetemos el resto del anuncio y vámonos.

—Te voy a decir una cosa —dijo repentinamente Cayetano con profunda gravedad—: no dudes de que Loscertales ha sido asesinado.

—¡Pero si los detectives están convencidos de que ha sido un accidente!

—Pues yo sostengo lo contrario, y quiero investigar ese accidente.

—Yo voy a la reunión de Martín — replicó Pepe subiendo la escalera con decisión.

Cayetano siguió de mal talante y murmurando enfurruñado:

—¿No comprendes que si llegásemos a descubrir eso podríamos ascender a detectives?

## CAPITULO II

### AMOR Y MUERTE

Cuando los dos hermanos llegaron a casa de Martín, ya los aguardaban en ella, además de éste y la linda Elena, el reverendo padre Carlos.

—¿Qué os ha ocurrido? — exclamó Martín, bien lejos de sospechar que él era el causante indirecto de todo.

—Pues que tuvimos que ir a un accidente — explicó Pepe.

Llevado de su sempiterna monomanía del detectivismo, Cayetano intentó dar la lata.

—Creo que descubrí...

Pero Pepe le atajó con explosión aburrida:

—¡Deja ahora esas cosas!

—¡Bueno! —concluyó Martín en una exclamación alborozada—. ¡Queda abierta la sesión anual!

Y, sacando con emocionada solemnidad la famosa tablilla en que Elena inscribiera torpemente su bello nombre aquella inolvidable noche ya lejana, la colocó en medio de la mesa como un galardón triunfal.

La comida transcurrió en un ambiente de palpitante fraternidad y repetidas veces la trémula evocación de una gesta heroica de aquellos tiempos de zurrapiertos les arrasó los ojos, mientras las manos buscaban estrecharse con entrañable emoción. Singularmente Pepe y Elena en sus mutuas miradas ardientes que centelleaban de puro y dulce amor.

Al terminar la comida, Martín reservaba al reverendo pa-



dre Carlos una demostración profunda de su grandeza de alma ejemplar. Llamóle disimuladamente a parte, como dominado por un pudor angelical, y, alargándole un cheque, dijo:

—¿Te acuerdas de mi proyecto de fundar un club para muchachos sin hogar?

—Sí; me acuerdo perfectamente, Martín — respondió el sacerdote mirándolo con sus hermosos ojos dulces de místico.

—Pues bien, toma: este año he ganado bastante y ahí van veinticinco mil duros para que puedas principiar las obras.

—¡Veinticinco mil duros! — exclamó el padre Carlos con admiración.

Mas, repentinamente, acordándose de que aquel dinero era el producto de una vida de pecado, desvió el ademán del magnánimo Martín con dulzura y negóse amablemente.

—No, no puedo aceptar ese dinero.

Martín adivinó lo que pasaba por la mente de su gran amigo, e insistió con sincera vehemencia:

—Este dinero ha sido ganado honradamente, Carlos. Acéptalo: hazlo por mí.

—¡Oh! Quien dé un gimnasio para los chicos será un héroe para ellos.

—Y no quieres que lo sea un ex presidiario, ¿verdad? — inquirió Martín con sonrisa triste.

—Te equivocas, amigo mío: jamás olvidaré aquella acción generosa. Aceptando el reformatorio para ti solo, nos salvaste a todos. Nos diste una buena lección de heroísmo y generosidad.

Carlos estrechó con emoción la mano de Martín, y añadió: —Empezamos con travesuras, pero podíamos haber acabado mal.

—¿No aceptas el dinero porque soy un jugador? ¡Bah, hombre! No es necesario que figure mi nombre en el pórtico del club. No rechaces algo que puede tener a los muchachos ocupados honestamente. Imagínate un gimnasio con duchas, equipo de boxeo y demás. ¡Ah! Un gimnasio así evitará que multitud de muchachos vayan al reformatorio.

Martín hablaba con sublime exaltación, en la que el recuerdo de su triste infancia, pobre y abandonada, que corría a la vera de la delincuencia, volaba con alas blancas de la más pura humanidad. Carlos no pudo resistir este admirable rasgo de caridad, y dijo con palabra entrecortada por la emoción: —Acepto tu donativo, Martín.

—Tú sabrás erigir esa casa para chicos con el respeto y el prestigio que emana de tu sacerdocio.

Y, señalando el cielo con ademán de ruda piedad, añadió:

—Esto que te doy es como un seguro por si me equivoco sobre lo que hay allá...

Carlos respondió con sentenciosa gravedad:

—Quizá algún día podamos llamarlo el «Gimnasio de Martín Augusto».

Vinieron de nuevo al comedor, en el que hallaron a Cayetano convertido en un arpa de nervios.

—¿Pero qué vibora te ha picado esta noche? — exclamó Carlos.

—¡Es que quiere ser detective! — explicó en tono chancero Pepe.

—Tenemos que marcharnos — insistió Cayetano picado por su vida preocupación del accidente de «La Casa Redonda».

Elena dirigió una mirada ardiente a Pepe, y protestó.

—¿Sin antes bailar conmigo?

El joven sonrió y sin desplegar los labios rodeóle el talle, y, abriendo una puerta privada que comunicaba con el salón de baile del cafetín, principió el contoneo de una danza en la que a Elena cupo la dicha de tener que atender más a las palabras rendidas de su amado que a los movimientos rítmicos de los pies.

Cayetano sentóse en una mesa, nervioso en su inquietud por correr a «La Casa Redonda» para proseguir sus detectivescas investigaciones. Martín le dió un espaldarazo rudo y fraternal, y, para distraerlo, le preguntó con el sencillo interés de un buen amigo sincero, y a la par con dejo humorístico:

—¿Cuándo te ascienden a detective?

—¿Pero tú crees que esto que digo es una broma? Esta noche asesinaron a un hombre. Los detectives consideran el hecho como un accidente, mas yo afirmo que ha sido un asesinato.

—¿Y quién ha sido la víctima? — inquirió Martín.

—Se llamaba Loscertales.

Al oír este nombre, Martín tornóse lívido como un cadáver y pasó su mano por la frente con angustia. ¿Había oído bien?

—¿Has dicho Loscertales? — insistió con palabra ronca.

Y, sin atender al asentimiento de su amigo, imaginóse en un segundo cuanto había ocurrido. Loscertales era aquel cliente suyo que una hora antes había rehusado pagar la cuenta del cafetín y contra el cual había enviado a su pareja de chulos; éstos lo habían matado. Sintió una angustia mortal, una opresión angustiosa en el pecho. Era la primera vez que ocurría esto. A él le repugnaba la sangre: su conciencia se revolvía a la sola idea de que por su culpa alguien tuviese que perder la vida. Todo —el juego, el vicio en cualquier forma que se presentase— era aceptado por él, menos el crimen en que corriese la sangre.

—Era cliente mío —murmuró como hablando consigo mismo—. ¿Qué indicios tienes?



—Le cayó un anuncio encima, pero habían cortado los cables.

—¿Quién podía querer matar a Loscertales? — preguntó Martín, mirando fijamente a su amigo con inquietud.

—Eso es lo que quiero investigar esta noche... De manera que me voy: ya no puedo aguardar más — respondió resueltamente Cayetano, en ademán de irse.

Martín lo detuvo, y, dominándose por un instante, rogóle con sonrisa fraternal:

—¿Quieres irte sin bailar? ¡Bah! No seas impaciente. Mira: entra en el salón de baile y aguardame un momento allí: voy por una diligencia y estaré contigo al instante.

Cayetano obedeció de mala gana, y Martín, cerrando rápidamente la puerta, llamó agitadamente a Diamante y a su pintoresco y pacífico escudero Sam. Estos habían llegado ya de su siniestra incursión a «La Casa Redonda» y se introdujeron en el despacho con visible nerviosidad.

—¿Qué habéis hecho con Loscertales? — bramó Martín, braceando con ira.

—Fué un accidente — respondió Diamante con sordida timidez.

—No quiero asesinatos; yo te dije que no le hicieses daño.

—Siento lo que ha ocurrido. Quizá nos propasamos.

—Explicate — ordenó Martín imperiosamente.

—Le pegamos, y, al ver que no se levantaba, me atribulé y no supe qué hacer...

—Le pegaste muy fuerte — interrumpióle Sam con su mansa timidez.

—¡Calla esa boca, idiota! — le increpó el chulo. Y, volviéndose hacia Martín, prosiguió: —Acerqueme a él y vi que era ya cadáver. Entonces se me ocurrió una idea para despistar a la policía: como el anuncio luminoso estaba algo flojo por efecto del viento, que soplabá muy fuerte entre el aguacero, pusimos a Loscertales bajo el anuncio y se lo tiramos encima.

—Pues me habéis metido en un atolladero infernal. La Sección de Accidentes ha investigado el asunto: hay allí dos de mis mejores amigos, y acaban de decirme que sospechan que eso no ha sido un accidente fortuito, sino un crimen.

—Imposible — dudó Diamante, mirando fieramente a Martín.

—Pues es como oyes, y lo comprenderás, valiente necio, cuando te diga que vieron que el cable estaba cortado.

Diamante soltó un terno abominable, y, volviéndose hacia Sam, le increpó: —¿No te mandé romper los hilos, idiota?

—Sí — se excusó el diablejo levantando las espaldas con indiferencia —, pero me fué más fácil cortarlos.

—Debería retorcerte el gollete — gritó Martín, rojo de ira. Diamante, alma sordida siempre pronta a venderse al mejor postor, insinuó con frío cinismo:

—¿No ha dicho usted que tiene dos amigos en la Sección de Accidentes?... Pues vea si ellos pueden arreglar el asunto sin consecuencias.

Martín irguióse gallardamente, e, hinchando el pecho con resuello potente y digno, exclamó:

—Mis amigos, los hermanos Pepe-Cayetano, son honrados.

—Entonces hay un único recurso — propuso Diamante—. Dice usted que los hermanos Pepe-Cayetano están ahí en el salón de baile... Pues procure que no salgan mientras Sam y yo volvemos a «La Casa Redonda» y eliminamos todo rastro.

—Bien — aprobó Martín. Y bruscamente añadió: —¿Y el cheque de Loscertales?

Una chispa viva y vil brilló en el fondo de las pupilas de Diamante. Vaciló un segundo y respondió:

—Lo he quemado.

—¡Magnífico, hombre! No podías terminar más estúpida-mente ese trágico negocio, que he tenido la mala ocurrencia de confiarte. Vete de mi presencia antes no te hunda el cráneo de un puñetazo.

Martín enderezóse rápidamente al encuentro de Cayetano, que era el más impaciente, para retenerlo con amena conversación a fin de dar tiempo a sus dos matones de llevar a buen término la misión de borrar las huellas de su fechoría. Halló al joven de pie, nervioso y dispuesto a ir solo a proseguir sus investigaciones en «La Casa Redonda». Se había cansado de aguardar a Pepe, el cual seguía bailando con Elena, transportado a un mundo de ensueño del que, al parecer, no estaba dispuesto a regresar hasta muy entrada la noche.

—Tengo que marcharme — exclamó Cayetano, impaciente—. Este asunto de «La Casa Redonda» es muy importante, ¿comprendes?, y ya no puedo esperar más.

Martín le habría atado a la mesa, le habría contado las historias más cautivadoras del amor para retenerlo en el cafetín hasta el regreso de sus dos matones, pero pronto echó de ver que esto le sería totalmente imposible. En efecto, Cayetano pidió el sombrero y enderezóse hacia la puerta. Ya no había remedio; Martín se imaginó, con el consiguiente horror el drama que podría ocurrir si su amigo llegase al tejado de «La Casa Redonda» cuando Diamante y Sam se hallaban todavía en él. Asaltáronle la imaginación un tropel de figuras espantosas, parecióle que veía a su entrañable amigo de la infancia entre un charco de sangre y a su espíritu acusándole en la eternidad. Dispuesto a evitar una desgracia, se hizo el propósito de seguirle, y sin vestirse, atento sólo a la vida de



su amigo del alma, fingió la cortesía de acompañarlo hasta la calle. En rigor, lo que buscaba era preparar las cosas de manera que facilitasen el paso del mayor tiempo posible. Llamó un taxi y, al descuido de Cayetano, deslizó al oído del conductor estas palabras:

—Vaya todo lo más despacio posible.

Apenas Cayetano partió en el coche, Martín llamó a otro y montó a su vez, siguiendo al de su amigo a una distancia prudencial y manteniendo la misma velocidad. Su plan hubiera surtido magníficos efectos a no ser por la nerviosidad de Cayetano y aun más por su carnet de policía, el cual mostró al conductor después que le hubo instado, tan repetida como inútilmente, a que acelerase la marcha.

Excusado es decir que el gánán lanzó el coche a toda velocidad y Cayetano alcanzó «La Casa Redonda» mucho antes que su amigo. Sin sospechar que éste le seguía, apeóse de un salto y subió a la azotea. La espantosa circunstancia que tanto temía y quería evitar Martín se produjo con una precisión de sino trágico para Cayetano que habría hecho estremecer a aquél. En el instante en que el audaz joven puso los pies en la azotea, Diamante y Sam se hallaban en ella absorbidos por la tarea deorrar las huellas de su crimen.

Cayetano exhaló un grito de alegría. Exactamente lo que él había supuesto: Loscertales había sido asesinado. Su viva imaginación de sabueso inteligente se lo imaginó todo en un instante: aquellos dos hombres estaban allí para hacer desaparecer las huellas de su paso. Sacóse el revólver y, encañonando a entrambos matones, los conminó con palabra valiente e imperiosa:

—¡Quietos ahí y alzad los brazos!

Diamante y Sam, cogidos de improviso, obedecieron; mas fué sólo por un instante; el primero era un luchador formidable y estaba habituado a salvar situaciones aun más comprometidas que ésta en que le acababa de meter el sagaz policía. Sin dar a éste apenas tiempo de quitar la palanca del seguro de su arma, saltó sobre él y entabló una lucha cuerpo a cuerpo. Cayetano, desarmado, defendióse con todas sus fuerzas y habilidades, que no eran pocas, pues se había formado en el pelotón con las luchas orientales; pero a Diamante le quedaba Sam todavía de reserva, el cual, robusto y brutal, entró en acción descargándole rápidos y potentes puñetazos en la nuca. Cayetano se tambaleó un segundo y Diamante aprovechó la ocasión para agarrarlo por el pecho y parar su furia sacudiéndolo contra el antepecho del tejado. En un esfuerzo sobrehumano, Cayetano logró reaccionar, aunque oponiendo ya las postreras fuerzas de sus músculos. Los dos valentones lo levantaron en vilo. Al otro lado del antepecho

se abría el abismo, el vacío, formado por la altura de cuarenta pisos sobre el asfalto bruñido de la calle.

Cuando Martín llegó frente a «La Casa Redonda», sudoroso, descenchado, jadeante, hallóse con un gran gentío que, apiñado en corro alrededor del cuerpo de un hombre tendido en el suelo, obstruía la entrada de «La Casa Redonda».

Movido por un terrible presentimiento, abrióse paso entre la multitud; pero el brazo nervudo de un agente de vigilancia lo detuvo.

—¿Qué ha ocurrido? — preguntó Martín con voz ronca.

—Un policía se ha caído del tejado y se mató.

—Por favor, dígame usted: ¿se ha identificado ya el cadáver? ¿Se sabe ya su nombre?

—Sí, es Cayetano, de la Sección de Accidentes.

Martín llevóse la mano al corazón, logrando a duras penas alcanzar el raso de la calle sin caer desvanecido. Cayetano su amigo entrañable de la infancia, aquel muchacho jovial por el que había sacrificado cinco años de su libertad cuando era un niño y por el que no habría vacilado en dar la del resto de su vida, acababa de morir por su culpa por la vil intriga que había surgido del caudal de sus turbios enredos...

El pobre Martín, mocetón, rudo, tambaleando su torreón de músculos por las calles desiertas, bajo la lluvia de aquella noche trágica, volvió sobre sus pasos, abrumado, renunciando a ver por última vez a su amigo muerto, temeroso de enloquecer.

En el cafetín, Pepe, después de haber vertido el néctar de sus palabras encendidas de pasión al oído de Elena, dirigióse hacia la mesa en que había visto sentado a su hermano. No podía sospechar lo que ocurría; pues, fascinado por los ojos de su amada, le pasaron inadvertidos todos los movimientos de Martín y Cayetano. Al hallarse con que éste había desaparecido, llamó al conserje y le interrogó:

—¿Dónde está Cayetano?

—Se ha marchado, señor.

—¿Y Martín? — insistió nuestro joven.

—También. Estará bebiendo con Cayetano; los he visto salir juntos.

No bien se había vuelto Pepe, sonriendo con benevolencia, hacia Elena para hacer un comentario jugoso a las exageradas aficiones detectivescas de su hermano, la puerta se abrió apareciendo Martín. Llegaba pálido, con las ropas chorreantes, abrumada la frente por una tempestad de pensamientos lígubres y la mirada extraviada.

—¿Y Cayetano? — inquirió Pepe, fijando su mirada escrutadora en el recién llegado con visible estupor.

Martín trató de perfilar una sonrisa forzada, y respondió



evadiéndose para disimular la ronquera que las lágrimas acumulaban en su garganta.

—Se marchó hace poco... Perdonad: necesito cambiarme de ropa.

Y, sin aguardar contestación, encaminóse a sus habitaciones para encerrar en ellas su inmenso dolor. Pepe lo contempló con muda interrogación, viendo crecer su sorpresa no sólo por el inexplicable laconismo de una boca como la de Martín, habitualmente chocarrera, jugosa y verbosa, sino por su hosquedad y el aspecto derrotado de sus ropas.

El timbre del teléfono sacóle de su estupor.

—¡Ahí estará Cayetano! — exclamó jovial, suponiendo que su hermano le llamaba desde la Prefectura para que fuese a ayudarle a desentrañar el enigma de «La Casa Redonda».

En efecto, le llamaban desde la Prefectura; pero el que lo hacía no era su hermano, sino el sargento de la Sección para comunicarle que Cayetano se había caído del tejado de «La Casa Redonda» y se había matado.

Pepe quedóse un instante inmóvil con el auricular en la mano, lívido, imposibilitado de moverse y de pensar. Su hermano; Cayetano, que era como decir la mitad de su vida, ya no existía... y se había caído de «La Casa Redonda».

—¿Qué ocurre, Pepe? — le preguntó Elena, alarmada por la dramática actitud de su amado.

—Cayetano... ha muerto... —pudo articular el joven con voz trémula—. Dicen que se cayó... pero no, no se cayó... ¡Pobre hermano mío! El tenía razón: Loscertales fué asesinado.

—¿Lo crees?

—Sí —respondió Pepe con una mirada rencorosa que Elena no le había visto jamás—: Loscertales fué asesinado... y Cayetano también.

### CAPITULO III

#### EL JURAMENTO ROTO

En la tormenta de su apenada conciencia, Martín no tuvo el valor de declarar a Pepe la verdad de todo lo ocurrido, y éste cayó, por el peso natural de los hechos, en la sospecha de que tenía mucho que ver en la extraña muerte de su hermano. Una vez solo, reconstruyó con los más nimios detalles todo lo ocurrido aquella noche y la injustificable salida de Martín con Cayetano para dirigirse a un sitio que todavía continuaba siendo un enigma para él apareciósele llena de un

intrigante misterio que se transformaba en indudable culpabilidad con la vuelta de su amigo media hora después, calado hasta los huesos, revuelto el pelo y visiblemente abrumado por un terrible desasosiego. Pepe pasó revista a la vida de Martín: cinco años de reformatorio, una existencia embrollada, metida en actividades varias y dudosas, y, finalmente, la compra del cafetín cuya básica actividad consistía en la ruleta y en la orgía. Poco a poco, por el método de las deducciones, que su profundo dolor precipitaba por caminos de exaltadas cavilaciones, llegó a la firme conclusión de que Loscertales había sido asesinado por los sayones de Martín. Sí, esto es; recordaba perfectamente sus palabras cuando, al llegar él y su hermano de «La Casa Redonda», le notificaron el accidente: «Loscertales era cliente mío». Era, pues, lógico suponer que tendría alguna cuenta pendiente con él y que la había saldado quitándole la vida. Después, al ver que Cayetano se disponía a investigar a fondo si la muerte de Loscertales obedecía a un verdadero accidente fortuito o bien a un asesinato, le había quitado de en medio, matándole.

Bajo el influjo de esta composición de lugar, los sentimientos de Pepe cambiaron radicalmente de rumbo. Se vio penetrado de un odio mortal hacia su viejo amigo de la infancia. Martín ya dejó de aparecésele aureolado de heroísmo y generosidad, sacrificando su infancia para ahorrárselos a ellos cinco años de reformatorio; por el contrario, tomó la vitola repulsiva de un delincuente vulgar que había asesinado a su hermano. El juramento de perpetua amistad quedaba roto; en adelante consideraría a Martín no como su amigo, sino como su mortal enemigo, al que debía desenmascarar y entregar a la Justicia.

Animado por esta decisión inquebrantable, se fué Pepe al encuentro del inspector Besnahan, de la Sección de Homicidios, al que expuso detalladamente sus sospechas y los móviles que le habían inducido a concebirlas. Pero los detectives habían dado el caso por terminado, y todos los argumentos de nuestro joven estrelláronse contra la indiferencia y la incredulidad del inspector.

—No cesaré hasta aclararlo todo — aseguró rotundamente Pepe, no pudiendo dominar su despecho.

Y, completamente abandonado a sus propias fuerzas, se recluyó en la soledad para meditar la forma de atrapar a Martín.

Mientras tanto, éste sentía subírsele el desasosiego dramático de su conciencia a la cabeza y temía enloquecer. Esforzábse por justificarse a sí mismo el derecho de exigir a un cliente que saldase su cuenta, no haciéndose responsable de



las consecuencias que una cínica negativa de este cliente pudiese originar. Y Cayetano había hallado la muerte en unas circunstancias que él se había esforzado en no producir. El punible culpable de todo era ese bruto de Diamante con su crueldad y su torpeza. Lívido de coraje, lo hizo llamar. Costó mucho trabajo dar con él. Diamante presentóse al fin en compañía de su inseparable escudero Sam, pero con un plan diabólico que habría hecho estremecer al noble y atribulado Martín. Ya desde que había tenido necesidad de matar a Loscertales no dejó de ignorar que su pellejo olía a silla eléctrica, y, al efecto, comenzó a preparar las cosas por manera que la atención de la policía se concentrase en Martín. Al servicio de este plan, había guardado en su bolsillo el cheque de Loscertales, mintiendo a Martín que lo había quemado. Y ahora se negó en principio a presentarse, porque uno de los extremos de su plan consistía en dar un golpe espectacular con miras a la policía para que Martín fuese prendido y desapareciese todo peligro presente y remoto para sí.

—¡Por fin, te encontré! —bramó Martín al tener a Diamante en su presencia, sacudiéndole rudamente por los hombros dispuesto a hundirlos de un manotón—. ¿No sabes que has matado a mi mejor amigo, asesino?

El criminal encogióse de hombros y respondió con todo el pleno cinismo de que era capaz.

—Había que decidir entre él y nosotros... y usted.

Añadió esta última palabra entre dientes, con aire de insolente amenaza protectora, y Martín estuvo tentado de descargar sobre aquella cara repugnante la impetuosa indignación de sus puños poderosos, pero se contuvo, movido de su instinto de conservación. En las pupilas del rufián brilló una chispa de amenaza escalofriante que no había descubierto jamás. Y, al solo pensamiento de que Pepe llegase a saber que él era el causante indirecto de la muerte de Cayetano, Martín sentía partirsele el corazón.

—¡Has destrozado mi alma! —dijo con profunda amargura.

—En este negocio hay que tomar las cosas como vienen —replicó Diamante con su cínica frialdad irritante.

—Esta vez ganas, canalla. Pero vete de ahí y que nunca más te vuelva a ver —despidióle Martín, enfurecido, al tiempo que abría la puerta y le señalaba la calle.

Diamante no esperaba otra cosa. Tenía esto previsto, y al salir del despacho de su antiguo amo dirigióse, con Sam, acoquinado al lado, al encuentro de un sujeto de vida turbia, cuyos servicios había solicitado para echar sus planes adelante. El pobre Sam rehusó en un principio sumarse a la or-

ganización, pues temía instintivamente a Diamante, pero la voz imperiosa de éste le retuvo.

—Tengo un plan insuperable —dijo con avidez— para concentrar las sospechas de la policía sobre Martín y al mismo tiempo para dar un golpe de pingüe rendimiento...

La argucia del cruel Diamante no se hizo esperar. Al día siguiente, mientras Pepe se hallaba en la Sección departiendo con el sargento sobre el intrigante tema de la muerte de su hermano, el timbre de alarma sonó.

—¡Ha estallado una bomba en el cafetín «Sueño de Amor»!

Al oír que se trataba del establecimiento de Martín, Pepe montó en la camioneta de guardia para dirigirse allá con el pecho lleno de un presentimiento feliz para sus ansias vengativas.

Al hallarse frente a frente con Martín, sus labios no pudieron sonreír como antes y sus ojos se clavaron en él con irreprimible recelo y brillantes de sorda amenaza. Martín la supo leer con todo el dolor de su corazón.

Se hizo la inspección de la caja de caudales, que apareció abierta y vacía, aunque Martín declaró que nada le habían robado porque era su costumbre la de guardar sus cabales en otro sitio para burlar a los eventuales ladrones.

Mientras la policía se hallaba procediendo a esta inspección llegó la noticia de que aquella misma noche había sido robada una importante joyería y los ladrones se llevaron objetos por valor de doscientas mil pesetas.

Al oír esta comunicación, Pepe, que tenía pronta la imaginación para las más fantásticas suposiciones respecto a la culpabilidad de Martín, posó en éste una mirada escrutadora y llena de odio. Parecióle que Martín palidecía como atrapado en flagrante delito. No cabía duda, Martín era un pistolero vulgar, un atracador que actuaba a la sombra desde la que movía las sangrientas marionetas que robaban a la ciudad; esta vez había usado del ardid de hacer estallar una bomba en su propio establecimiento para atraer la atención de la policía allá y así poder robar tranquila e impunemente en otra parte. Con este pensamiento firme en su mente le interrogó. —¿Estás seguro de todos tus empleados?

—De los efectivos, sí; pero es el caso que estos días he tenido unos pintores...

—¿Quiénes eran?

—No sé; vinieron a pedirme trabajo.

—No los conocías, ¿verdad? —preguntó Pepe con ironía mordaz y desconfiada.

Y añadió, clavando sus pupilas relampagueantes en las de su amigo con penetración hostil:

—Pudieron poner la bomba al terminar el trabajo.

—Sí, pudieron...



—Quisiera equivocarme en lo que pienso. Oye, Martín: ¿se puede poner una bomba en un sitio para robar en otro? ¿Comprendes?

—Te comprendo, Pepe —respondió Martín con tristeza al adivinar el pensamiento de su amigo—, pero no procedas a la ligera. Podrías equivocarte.

Con el alma anegada en honda pena, Martín abandonó el despacho en el que quedó la policía para proseguir sus investigaciones. Apenas cerró la puerta a su espalda, hallóse con su dependiente que lo estaba aguardando. Era éste un hombreillo diminuto y enclenque que le profesaba profundo afecto y le era particularmente fiel. Dirigiendo miradas reaciosas a su alrededor, acercósele con intrigante aire de misterio y le dijo bajando la voz: —Tengo una idea sobre esa explosión.

Martín le miró tristemente y respondió, poniendo en su voz la inflexión de súplica y pena más hondas de su vida.

—¿También tú me crees culpable?

—No, al contrario; creo que el culpable es Diamante.

—¡Explicáte! — exclamó Martín dilatando sus pupilas con alegría y rabia a la vez.

—Esta tarde he estado en su oficina y le he visto a él y a sus compañeros hablando con los pintores.

—No mientas — rogó Martín, zarandeando rudamente el brazo de su dependiente.

Convencido ya de que lo mismo la bomba que el robo de la joyería eran obra de la misma mano y de que ésta no era otra que la de Diamante, Martín enderezóse a la guarida de su ex chulo. Fué allí, además, con la certeza de que Diamante, en este golpe, había manejado un arma de doble filo, con el propósito de comprometerle a los ojos de la policía.

Diamante le recibió como el señor poderoso que domina al mundo desde su sitial invulnerable. Ahora ya tenía dinero y algunos aliados que le obedecían y le temían.

—Volaste mi pared mientras robabas en la joyería de al lado — acusóle Martín sin ambages.

—¡Hombre! Pues voy a indemnizarte por la pared — respondió el bandido con su habitual cinismo centuplicado.

Martín sobreentendió en esta frase petulante una tácita declaración de culpabilidad envanecida y desvergonzada procedente de la conciencia de su poder, que él no podía aún adivinar, pero cuyo peso traidor no había de tardar mucho en sentir con todas sus trágicas consecuencias.

—Gracias — respondió con desprecio amenazador—. Quizá podrías hablar también a Pepe.

—No le conozco ni me importa. Oye, Martín, sé prudente...

El asesino dejó la frase en un vacío amenazador entreverado de burla compasiva que levantó en Martín la más airada indignación.

—¿Quieres que te diga una cosa? —dijo, clavando toda la amenaza de sus ojazos centelleantes en el bandido—. Daté un viajecito. ¿Has oído bien? Quiero indicarte con esto que te marches de esta ciudad, o tendrás que entenderte conmigo. Mi orden queda en pie: te doy veinticuatro horas de tiempo para ejecutarla.

Dicho esto, Martín abandonó el cuarto con furioso estrépito de puertas.

Diamante estaba lívido. Era un cobarde, y, como consideraba a Martín capaz de hundirle la cabeza en el pecho si se lo proponía, su amenaza había hecho en él huella profunda.

No la había hecho menos en el pusilánime Sam, y, como se dispusiese a alzarse para abandonar definitivamente la guarida, Diamante lo retuvo con un ademán.

—Aguarda. Voy a terminar eso. Nos ha dado veinticuatro horas de tiempo para largarnos, pero el que se va a largar para la cárcel es él. Será el mismo Pepe, su entrañable amigo, el que le meta entre rejas. Escucha: tengo en mi poder el cheque que Loscertales me negó a pagar. ¿Os imagináis lo que va a ocurrir si envío este cheque a Pepe?

—Sí —opinó Sam, soltando un suspiro de alivio—, que se le apareciera claramente la complicitad de Martín en el asesinato de Loscertales y también en el de Cayetano, su hermano...

—Exacto, eso es — exclamó el bandido con ojos brillantes de cruel alegría.

Y, extrayendo el pequeño documento de su bolsillo, terminó con saña feroz:

—Pepe lo tendrá mañana en sus manos.

#### CAPITULO IV

#### EL ROBO DE «LA PISTA POLAR»

Diamante cumplió su palabra. Al día siguiente, Pepe recibió el cheque firmado por el difunto Loscertales acompañado con estas líneas: «¿Sabe dónde se hallaba Martín cuando asesinaron a su hermano de usted? — Un amigo».

Pepe estrujó el papel entre sus dedos. Una oleada de furiosa indignación le inundó la cabeza y, en lugar de acoger con la natural reserva una carta que firmaba cobardemente «Un amigo», felicitóse de su intuición al sospechar de la complicitad de Martín en el asesinato de Cayetano.

El cínico Diamante había sabido explotar oportunísimamente la desgraciada coincidencia de que Martín saliese en



seguimiento de Cayetano en la trágica noche de autos.

Pepe ya no pensó más que en la venganza. De su antiguo y sagrado juramento de lealtad a la pandilla ya no quedaba en su pecho, al parecer, el más pálido rescoldo. Y aspiraba a hacerse la justicia por su mano como si ello hubiese de proporcionarle un raro y voluptuoso placer de monstruosidad. Quería matar a Martín.

Abrió un cajón para sacar el revólver y en el instante en que se lo metía en el bolsillo abrióse la puerta para dar paso a Carlos. Pepe lo había mandado llamar para contarle todo lo ocurrido y exponerle las angustiosas sospechas que devoraban su corazón. Estimaba en mucho el criterio y los consejos del bondadoso sacerdote y en este momento crítico de su vida lo necesitaba para que hiciese luz en su espíritu conurbado.

—¿Querías hablarme? — le preguntó Carlos, después de estrecharle la mano.

—Ya no — respondió Pepe con desdén, seguro de poseer con el cheque las irrefutables pruebas de que Martín era un asesino.

—Sin embargo, ya estoy aquí y te ruego que abras tu alma, si no al amigo, al sacerdote — dijo Carlos, que, habiendo visto perfectamente como su amigo guardaba el arma, sospechó que ocurría algo grave.

—Entonces, ¿qué dirías si te asegurase que Martín es un ladrón?

Carlos palideció un segundo, emocionado; pero se rehizo instantáneamente y respondió con toda la sinceridad de su gran corazón.

—Diría que te equivocas.

—¿Recuerdas, cuando chicos, lo que hizo para robar el almacén? Pues hoy ha hecho lo mismo en su restaurante: voló una pared mientras robaba una joyería.

—No lo creo — insistió firmemente Carlos.

—Loscertales mandó suspender el pago de este cheque que había dado a Martín y éste lo mató... o lo mandó matar, como Cayetano sospechaba. Lee esto.

Pepe alargó a su amigo el cheque y la carta anónima que le había enviado el siniestro Diamante.

—¿Y crees culpable a un amigo por un anónimo? — exclamó Carlos con paternal reproche.

—¡Oh!, no es esto sólo. Responde, Carlos —replicó Pepe con ciega exaltación—: ¿quién sabía que Cayetano sospechaba algo?, Martín; ¿quién sabía que Cayetano se dirigía aquella noche a la «La Casa Redonda»? Martín; ¿quién estuvo en medio de la lluvia cuando asesinaron a mi hermano?, Martín.

—¡Oh, Pepe!, amigo mío, estoy seguro de que te equivo-



— Oye Martín — insinuó Julián —. Se puede poner una bomba en un sitio para robar en otro.





Martín expiró con la sonrisa en los labios, aquella sonrisa inefable y franca...

cas; tú estás cegado por la pasión. Reflexiona, quédate todavía un rato más en casa y piensa en la lesión de traicionar una amistad como la que nos mantiene unidos desde nuestra infancia... Te ví guardar el revólver: dámelo.

—No; lo necesito para otro amigo — negóse Pepe, ya sin recato de declarar sus propósitos.

Y, como al decir esto hiciese ademán de dirigirse hacia la puerta, Carlos cerróle el paso resuelta y valientemente.

—¡Quítate de delante!

—Pepe, si quieres salir, tendrás que matarme antes a mí.

—¡Nadie puede detenerme! —gritó el policía con exaltación, ciego de ira—. Quítate de ahí o dispara.

—Dispara — dijo con serenidad el sacerdote, al tiempo que abría los brazos en cruz.

Pepe bajó la cabeza, confuso y avergonzado de tanta generosidad y heroicidad reunidas frente a su ciega pasión, y Carlos aprovechó esta ocasión para arrebatarse el revólver de la mano.

Temiendo, no obstante, que hiciese una barbaridad, encaminóse rápidamente al encuentro de Martín. Antes de que el conserje del cafetín cerrase la puerta, le ordenó:

—Si viene el señor Pepe no lo deje entrar.

Sus previsiones se vieron confirmadas. Pepe llegaba al café pocos minutos después que él. Su idea obsesiva era matar a Martín. El conserje trató de cerrarle la entrada, pero el joven policía le encañonó una pistola desde el fondo de su bolsillo, y el buen vejete, aterrorizado, a pesar de las órdenes de Carlos, no tuvo más remedio que franquearle la entrada.

En pocos segundos Pepe alcanzó el despacho de Martín. Carlos se hallaba contándole a éste los pormenores de la entrevista que acababa de tener con él.

Apuntóle su arma y dijo con voz ronca:

—Tengo algo que decirte...

Carlos se interpuso entre él y Martín, y en un arranque de indignada ira sacó la pistola que le había quitado poco antes y, apuntándole a su vez, le conminó:

—¡No dispares!

—Apártate. Deja que haga justicia. ¿Creeías haberme desarmado? Quedaba aún en casa la pistola de Cayetano; ésta es la suya.

—Baja la pistola.

—Baja tú la tuya — gritó Pepe con los ojos cuajados de vénulas de locura.

—Dispara, pues, si quieres. Prefiero morir antes que verte convertido en un asesino — dijo Carlos con sublime generosidad.

Pepe no pudo resistir tampoco esta vez la magnanimidad



de Carlos, y, después de dirigir una mirada de odio a Martín, guardó el arma y salió del despacho. Entonces Martín contó a Carlos toda la verdad de lo ocurrido.

—Yo no quería que lo matasen —terminó— ...como no quise incendiar aquel almacén cuando éramos niños.

Carlos le abrazó, profundamente emocionado, y dijo con sinceridad: —Te creo, Martín.

Inmediatamente convocó en su casa a Pepe. Tenía aún un rescoldo de esperanza en el alma: recurrir a Elena. ¡Quién sabe si, haciendo terciar a la joven en tan grave asunto, lograría hacer entrar en razón al obcecado Pepe. Al efecto, procuró que la joven estuviera presente el día para el cual había citado a su amigo. Antes que el policía llegase, la puso al corriente de la tragedia.

Mas todo fué inútil: el amor y la ternura de Elena no lograron más que exacerbar, si cabe, el odio de Pepe contra Martín. Elena se lo reprochó, pues ella, como Carlos, creía sinceramente en la inocencia de Martín, y estaba dispuesta a llevar hasta el borde de la tumba el juramento de perpetua amistad de la antigua pandilla.

—No trataré de matar a Martín —dijo Pepe, exasperado—. No iré a la silla eléctrica, pero él sí irá. Lo matará la Ley; no yo.

Esta ceguera criminal indignó tanto a la romántica Elena, que, después de hablar a solas con su novio, volvió a casa de Carlos para informarlo.

—Vengo a decirte que estoy de tu parte. Todo ha terminado entre él y yo. Pepe parece un loco. Nunca hubiera creído que fuese capaz de bajar a un nivel tan vulgar de pasión.

Cuando Martín se enteró de la generosa resolución de Elena, él, que aun siguiendo amándola con toda su alma se había propuesto renunciar a ella en bien de la felicidad de Pepe, lloró de gratitud profunda. El sacrificio de su amor secreto, hecho para no turbar el juramento de amistad, hallaba, por lo menos, aunque fuese entre aquilones de tragedia, una generosa recompensa.

Pepe, solo, aislado y huraño, entregado por completo a las furias instintivas de su deseo de venganza, dió cuerpo de publicidad al asunto, y al día siguiente toda la Prensa lo comentaba en grandes titulares: «La causa de la muerte de Loscertales. La suspensión del pago de un cheque que Loscertales dió a Martín Arnedo fué la causa de un asesinato, según dice Pepe Augusto».

Al ver el sesgo que tomaba el asunto, Diamante, desde su guarida en que aguardaba los acontecimientos, se alarmó. Sam contribuyó a meter el terror en sus entrañas con esta reflexión.

—Suponte que Martín cuenta la verdad a la policía. Con tu enorme estrategia nos has metido en un fangal imponente.

Y, siguiendo su inveterada y divertida costumbre de liquidar las situaciones difíciles escurriéndose por la tangente, levantóse y añadió: —Yo me marchó.

—¡Tú te quedas! —le atajó Diamante con su rotundo aire autoritario—. Sí, eso es verdad: no quiero discutir tu razón; tenemos que eliminar a Martín.

—Es que aun quedaría Pepe —atinó Sam.

—Entonces, los eliminaremos a los dos —sentenció el valentón, alargando el belfo de crueldad.

La gavilla se había enriquecido en la valiosa cooperación de tres perillanes de refinada crueldad. Uno de ellos era un pollo de singular postura, de crenchas brillantes y mirada ardiente capaz de alcanzar las mas difíciles victorias en materia de amor. A éste se dirigió, pues, Diamante.

—Oye, tú: mi plan es el siguiente: nosotros vamos al encuentro de Martín, al que, por las buenas o a tiros, le obligaremos a que tome parte en un robo que proyectamos llevar a cabo en la fábrica de hielo «La Pista Polar». Tú, entretanto, te instalas en el «Hotel Esmeralda» y desde allí telefoneas a Elena diciéndole que eres un amigo de Pepe, que éste se halla enfermo en el hotel y pide verla con urgencia para hacerle revelaciones de gran importancia. Vendrá la niña, y tú procurarás que no salga de allí. Esto será un excelente recurso para decidir a Martín a que nos acompañe al asalto de la «La Pista Polar», como no tardarás en ver. Ahora bien: cuando Elena haya llegado al hotel comunicarás a Pepe que tú eres quien le mandó el anónimo y que sabes que esta noche Martín se propone robar a los establecimientos de «La Pista Polar».

—¿Y adónde vas con eso? —inquirió el pollo, abrumado por tanta imaginación.

—Pues, sencillamente, a que Pepe venga a «La Pista Polar» para sorprender a Martín con las manos en la masa. Esto coincidirá con el momento en que nosotros habremos introducido a aquí en la cámara de los gases deletéreos que sirven para fabricar el hielo; será entonces muy fácil para nosotros dar vuela a la llave de éstos...

—Ya comprendo —interrumpióle Sam—: Martín y Pepe morirán asfixiados.

—Eso es, pues nosotros iremos provistos de máscaras protectoras.

—¿Y si Pepe viene con cien policías? —receló atinadamente uno de los asesinos.

—No; vendrá solo; me dice el corazón que está deseoso de meterle a Martín una bala en los sesos por su propia mano.

—El plan, que no podía ser más diabólico, se llevó a cabo,



y la primera en caer con todo su candor fué Elena. Antes, sin embargo, sorprendida por la inesperada y rara noticia de la enfermedad de su amado, telefoneó a Carlos, noticiándole que iba al «Hotel Esmeralda» a ver a Pepe.

No fué difícil cogerla en la trampa, a pesar de que el día anterior hubiese declarado solemnemente que entre ella y el policía todo había concluido; la llama del amor ardía en su pecho con demasiada intensidad para que pudiese negarse a acudir a la llamada de Pepe.

Después que la tuvo en su poder el pollastre rufián encargado de ejecutar la orden telefoneó a Pepe, cumpliendo el diabólico plan ideado por Diamante. Nuestro joven vió llegada la hora de su venganza, pues esta circunstancia le ofrecía la oportunidad de matar a Martín en cumplimiento de su deber de policía.

Mientras tanto, Diamante se presentaba ante Martín acompañado por tres matones de su cuadrilla.

—Hagamos las paces —le dijo con ironía protectora—. Estamos planeando un robo y te daremos una parte.

—Siempre piensas en mí —respondió Martín, burlón y despreciativo—. ¿De qué se trata?

—En «La Pista Polar» se celebra una gran festa. Nos produciría unas trescientas mil pesetas. Un camión blindado recoge el dinero a las diez y media. Allí hay una gran instalación para hielo y caretas para gases. El golpe será relativamente fácil y hasta divertido, pues, mientras nosotros soportaremos las emanaciones deletéreas con ayuda de las caretas los policías se asfixiarán. Necesitamos cinco hombres; por lo tanto, te doy esta oportunidad para que rehagas tu fortuna.

Martín clavó con asco sus ojos en los del chulo; luego dirigió una mirada de inteligencia recelosa a los tres valentones que asistían a la entrevista con muda impasibilidad amenazadora. Comprendió al instante que era objeto de una traición cobarde. Su impulso fué el de lanzarse sobre Diamante y descoyuntarle las quijadas, pero se contuvo, pues la lucha habría sido demasiado desigual. No obstante, tuvo aún el valor de erguirse y decir:

—¿Me crees tonto? Trataste de hacerme matar por Pepe y ahora vienes a rendirme pletesia.

Diamante sonrió con una mueca de cínica superioridad y preguntó: —¿No aceptas?

—No quiero morir esta noche —limitóse a responder Martín.

—Te convenceré. Voy a llamar a Elena.

Y, ya quitándose completamente la careta, cogió el teléfono y llamó al «Hotel Esmeralda». La voz del pollastre que tenía a la joven secuestrada no tardó en dejarse oír a través del alambre.

—A ver si ese lindo pichoncito deja que oigamos su voz —le ordenó Diamante.

Y al mismo tiempo alargó el auricular al oído de Martín. Conforme a lo convenido, el pollo obligó a Elena a que hablase, diciéndole que iba a hacerlo con Martín. La joven apoderóse impetuosamente del auricular, esperanzada, y clamó:

—¡Martín, me tienen prisionera...!

Martín no pudo oír más porque Diamante le arrebató el auricular de la oreja.

—¿Vienes ahora con nosotros? —le conminó, sonriendo con cinismo.

El pobre muchacho sintió agolpársele la sangre a las sienes en una oleada de rabia y de dolor que sólo pudo contener por la misma causa que la determinaba: la salvación de Elena.

Diamante añadió con retintín cobarde:

—Si vienes, la soltaremos a media noche.

—Está bien. Iré —respondió Martín con voz ronca.

Y, dirigiéndose al cajón de su armario, sacó una pistola para armarse. Diamante le detuvo el ademán cuando se disponía a guardarla en el bolsillo, y cogiéndosela para meterla en el suyo, le dijo: —No necesitarás esta pistola.

Martín adivinó que le habían condenado a muerte. Pero, como toda resistencia habría resultado inútil, partió con los cuatro rufianes hacia «La Pista Polar», con la secreta esperanza de encontrar todavía la oportunidad de salir airoso de aquel mal paso.

Carlos no permanecía inactivo. Profundamente intrigado por la brusca enfermedad de Pepe y todavía mucho más por el raro hecho de que hubiese ido a alojarse su enfermedad en un hotel con el que ordinariamente no mantenía la menor relación, decidióse a personarse en el establecimiento, y, después de preguntar por el número diecisiete, que era el de la habitación en que Elena le había dicho alojarse el amigo enfermo, subió al piso y llamó a la puerta. El pollo de las crenchas brillantes vino a abrirle, después de encerrar a Elena en el armario. Carlos quedóse un tanto sorprendido de ver aquel rostro desconocido, pero aun preguntó:

—¿Está la señorita Elena?

—Se ha equivocado, señor; esa señorita no vive aquí —respondió el bandido al tiempo que cerraba la puerta con visible inquietud.

Como si una luz viva y veloz como la del relámpago hubiese cruzado su cerebro, el sacerdote alcanzó a presentir todo lo que ocurría y abalanzándose a uno de los numerosos teléfonos instalados en el corredor llamó a la oficina del hotel.

—¡Pronto! ¡El detective del hotel! En el cuarto número diecisiete ocurre algo. Que suba en seguida.



No podía ser más lúcida su determinación. El detective forzó la puerta de la habitación y, tras una resistencia nula el magnífico pollo secuestrador quedaba detenido y Elená recobraba su libertad.

Obligado a hablar, el pollastre soltó cuanto sabía del plan de Diamante, declarando que su objetivo era el de matar de una vez a Martín y a Pepe.

La hora del asalto había dado ya. La policía fué avisada y se dispuso a actuar inmediatamente. Pero Carlos no hubiera podido aguardar su acción sin exponer la propia vida para salvar a la de sus dos más caros amigos de la infancia, y corrió a «La Pista Polar». Lo que le horrorizaba era el pensamiento de que uno pudiese morir asesinado por el otro.

Cuando llegó, ya Diamante y sus acólitos habían logrado forzar la puerta de la cámara del amoníaco e introducir en ella a Martín. Este era lo bastante avisado para imaginarse lo que pretendían, y aprovechando un instante en que sus verdugos estaban absorbidos en la tarea de colocarse las máscaras, abalanzóse hacia la puerta para escapar. No podía haber escogido un momento más desgraciado: Pepe acababa de llegar, solo, y avanzaba hacia el interior de la cámara del amoníaco, pistola en mano.

—¡Al fin he logrado desenmascararte, asesino! — bramó con voz sorda.

—Esta vez, ganas —respondió Martín, con el alma destrozada—, pero quizá te pese.

El rumor de este diálogo llegó a oídos de Diamante, el cual se volvió y vió a los dos jóvenes. Perfiló una sonrisa de complacida crueldad. Ahora se iban a matar.

En efecto, Pepe apretaba ya el gatillo de su pistola. Mas en este instante surgió a su espalda la figura respetable de Carlos, el cual gritó:

—¡Pepe, amigo mío, no lo mates; yo te juro que es inocente! El generoso sacerdote llegaba todavía a tiempo de salvar a Martín, pero la mano criminal de Diamante había de destruir su obra. Suponiendo que Carlos había venido para poner las cosas en claro, y, consciente de que si conseguía su objetivo él iría directamente a la cárcel, apuntó su pistola a Martín y disparó. El desdichado muchacho exhaló un grito quejumbroso y se desplomó herido en un costado.

Elena llegaba a su vez y se unía valientemente al dramático grupo. Pepe, viendo a su amada, repelió la agresión con el fuego de su pistola. Por fortuna, la policía hizo su entrada en este instante y le relevó del combate, reduciendo a la gaviilla tras una lucha tenaz en la que Diamante halló la muerte.

Martín, todavía en el suelo, agonizaba rodeado de Pepe,

Carlos y Elena. El sacerdote había explicado a Pepe en pocas palabras toda la verdad de la muerte de Loscertales y Cayetano.

Pepe, con el alma estremecida de honda emoción, arrodillóse y apoyó la cabeza moribunda de su amigo en el brazo fraternal.

—¿Cómo te encuentras, Martín? — le preguntó con voz trémula y ahogando los sollozos en el tormento espantoso de su pecho.

Martín logró sonreír en su agonía inocente, y, por toda respuesta, alzó trabajosamente el brazo y perfiló, con los dedos índice y pulgar unidos por su extremo formando un círculo, el signo distintivo de aquella pandilla que formaron cuando eran niños, consigna de fidelidad y de amistad perpetuas e incommovibles.

Luego expiró, con la sonrisa en los labios, aquella sonrisa inefable y franca de chico que sacrificó un día su libertad para salvar la de sus amigos.

Pepe derramó abundantes y hondas lágrimas cruentas de arrepentimiento sobre el pecho de Martín, que había sido leal al amor hasta el borde de la sepultura.

Un año después se inauguraba con toda solemnidad el club para niños con el que tanto había soñado Martín. La profecía de Carlos se había cumplido. A pesar de que el dinero invertido en la filantrópica fundación fuese producto de negocios turbios, ésta recibió el nombre de «Campo de Juego Martín Augusto» para los niños de la «Cocina del diablo». Esta coletilla fué añadida en recuerdo de aquel tugurio que les sirviera de guarida cuando eran chicos.

La nobleza de alma de Martín compensaba los extravíos fatales de su existencia de huérfano abandonado en la calle.

Pepe y Elena asistieron a la inauguración felices y gozosos. Pronto unirían sus vidas ante Dios y ante los hombres; Carlos los acompañaba con la satisfacción que produce la práctica del bien. De cuatro amigos y una musa, habían quedado tres. Los embates de la vida habían diezmado el haz fraterno, pero no lo habían dispersado. Del combate y de la muerte se erguía la vida con toda su pujanza y su vigor: quedaba la pareja amante para seguir perpetuando la consigna de fraternidad, la pareja que un día contaría a sus hijos, alrededor de la ancha mesa cristiana y patriarcal, que ella también había sido pequeña y que de su diminuto juramento de amor había surgido una grandiosa aureola de felicidad.

F I N



## Editadas

- \* Núm. 1. *Sublime obsesión*, por Robert Taylor e Irene Dunne.
- \* — 2. *El desfiladero perdido*, por Buck Jones.
- \* — 3. *El gran impostor*, por Edmund Love.
- \* — 4. *La vida de la Bohème*, por Marta Eggerht y Jan Kiepura.
- \* — 5. *La bandera amarilla*, por Hans Albers.
- \* — 6. *Cuando volvamos a amarnos*, por Margaret Sullivan.
- \* — 7. *El tigre de Esnapur*, por La Jana.
- \* — 8. *La tumba india*, por La Jana.
- \* — 9. *Muñecas infernales*, por Lionel Barrymore.
- \* — 10. *El cantante de Viena*, por Jan Kiepura.
- \* — 11. *Juventudes rivales*, por Charles Farrell y June Martel.
- \* — 12. *La marca de Cain*, por Noah Beery (hijo) y Jean Rogers.
- \* — 13. *Una chica de provincias*, por Janet Gaynor y Robert Taylor.
- \* — 14. *Siete bofetadas*, por Lillian Harvey y Willy Fritsch.
- 15. *El Capitán Costali*, por Olga Tschechowa y Karl Diehl.
- 16. *Morir con honor*, por Buck Jones y Edward Keene.
- 17. *Baile en el Metropoli*, por Henri George y Viktoría von Ballasko.
- 18. *El poder invisible*, por Boris Karloff, Bela Lugosi y Francis Drake.
- 19. *El Rapto*, por Gustav Fröhlich y Welt Jansenn.
- 20. *Exterminio*, por Buck Jones.
- 21. *Rosas Negras*, por Lillian Harvey y Willy Fritsch.
- 22. *Jaque al Rey*, por Myrna Loy y Spencer Tracy.
- 23. *Caballería ligera*, por Marika Rökk y Fritz Kampers.
- 24. *Impetus de juventud*, por Sylvia Sidney y Herbert Marshall.
- 25. *Un mal paso*, por Keen Maynard.
- 26. *Saratoga*, por Clark Gable y Jean Harlow.
- 27. *Crepúsculo Rojo*, por Rodolf Forster.
- 28. *El Trio de la Fortuna*, por Lillian Harvey y Willy Fritsch.
- 29. *La que apostó su amor*, por Bette Davis y George Brent.
- 30. *Catalina*, por Franziska Gaal y Ahns Holt.
- 31. *La Rosa de los Tudor*, por Nova Pilbeam y Ledric Ardwicke.
- 32. *Escándalo estudiantil*, por Kent Taylor y Arline Judge.
- 33. *Oriente contra Occidente*, por George Arliss y Lucie Mannheim.
- 34. *El Doctor Sócrates*, por Paul Muni y Ann Dvorak.
- 35. *Vals Real*, por Willi Forst y Heli Pinkenzeller.
- 36. *El Agente Secreto*, por Robert Young y Madeleine Carroll.
- 37. *Un par de Gitanos*, por Stan Laurel y Oliver Hardy.
- 38. *La Voz seductora*, por Marta Eggerht y Paul Hartmann.
- \* — 39. *Rosalie*, por Eleanor Powell y Nelson Eddy.
- \* — 40. *La vuelta al hogar*, por Sarah Leander.
- \* — 41. *Quesos y Besos*, por Stan Laurel y Oliver Hardy.
- \* — 42. *La hija de Drácula*, por Gloria Holden y Otto Kruger.
- 43. *El beso revelador*, por Warren William y Gail Patrick.
- \* — 44. *El ocaso del poder*, por Buck Jones y Dorothy Dix.
- 45. *Una semana en la Luna*, por Anny Ondra y Hans Shonker.
- 46. *Concierto en la Corte*, por Marta Eggerht y Johannes Heesters.
- 47. *Águilas heroicas*, por James Cagney, Pat O'Brien y June Travis.
- 48. *Mares turbulentos*, por Jack Holt, Diana Gibson y Grace Bradley.
- 49. *Luchadores del Oeste*, por Bob Baker y J. Farrell Mac Donald.
- 50. *La Dama de Montecarlo*, por Franziska Gaal.
- 51. *La ballarina vienesa*, por Lillian Harvey y Rolf Moebius.
- 52. *El doble del Rey*, por Alberto Matterstock y Gusti Huber.
- 53. *Brazos de acero*, por Victor Mc. Laglen y Binnie Barnes.
- 54. *Wolga-Wolga*, por Hans Adalbert y Wera Engels.
- 55. *Valle prohibido*, por Noah Beery Jr. y Frances Robinson.
- 56. *Capricho*, por Lillian Harvey y Paul Staal.
- 57. *Búscueme una novia*, por Herbert Marshall y Jean Arthur.

\* Agotadas.



PUBLICACIONES CINEMA

CALLE BAILEN, 154

BARCELONA

N.º 58